

“Los jóvenes son evangelizados” (cf. Lc 7,22)

La experiencia de la Jornada Mundial de la Juventud celebrada en Sydney-Australia este verano (del 15 al 20 de julio de 2008), pone en evidencia que los jóvenes de hoy son capaces de entusiasmarse con Jesucristo y su Evangelio. Jesucristo ha venido a buscar a los jóvenes, y ellos, cuando se encuentran con Él, se entusiasman con Aquel que tiene palabras de vida eterna. La experiencia de Sydney ha mostrado una vez más que “la Iglesia está viva, que la Iglesia es joven y que la Iglesia lleva en su seno el futuro del mundo”¹. No hay acontecimiento similar, de estas proporciones y de esta repercusión mundial, como las Jornadas Mundiales de la Juventud, que el Papa Juan Pablo II pusiera en marcha y que tanto fruto apostólico han dado entre las nuevas generaciones².

La juventud no es una etapa de la vida que hay que soportar, en espera de otras mejores. Tampoco la juventud es la etapa principal de la vida, de manera que idolatremos la “eterna juventud”. La juventud es una etapa preciosa, en la que se fraguan los grandes ideales de la vida o se malogra el futuro de una persona. Es la etapa propicia para aprender a amar, ya que el hombre no puede vivir sin amor³. Es la etapa en la que se sueña con un mundo mejor y se ponen las bases para construirlo.

La etapa juvenil abarca desde la salida de la infancia hasta la llegada a la adultez. Es una etapa que hoy se alarga más que en otras épocas, porque los niños son estimulados precozmente y los adolescentes prolongan indefinidamente su propia maduración. Hoy un niño entre nosotros, con todos los medios a su alcance, aprende antes a vivir, a desenvolverse, a razonar. Especialmente son capaces, como nunca, de usar los medios técnicos a su alcance. Sin embargo, entre los adolescentes y jóvenes hoy les cuesta más llegar a la madurez, porque el ambiente familiar y social que les rodea les da casi todo hecho, y apenas son ejercitados en el esfuerzo ni se enfrentan con grandes dificultades que les hagan crecer. Con todo, la etapa juvenil sigue siendo una etapa preciosa y muy apropiada para la evangelización.

“Los jóvenes son evangelizados” (cf. Lc 7, 22), título esta carta. Al presentar Jesús las credenciales de su misión en el anuncio e instauración del Reino de Dios, entre otras señas de identidad manifiesta que “los pobres son evangelizados”. En clara referencia con ese pasaje, quiero ofrecer estas reflexiones, señalando desde el principio que uno de los signos más elocuentes de la presencia del Reino de Dios entre nosotros hoy es precisamente ésta, que los jóvenes son evangelizados. Los jóvenes en cuanto carentes de Dios, y por tanto pobres, que esperan la Buena Noticia. Los jóvenes como aquellos que son capaces de acoger a Jesucristo, el Evangelio del Reino que transforma la historia.

1. La juventud, etapa propicia para la iniciación cristiana y la evangelización

A lo largo de la etapa juvenil se van poniendo los medios para formar una persona madura, también en el ámbito de la fe y del compromiso cristiano. La infancia, la adolescencia y la juventud son las etapas de la vida más propicias para la iniciación cristiana. Es decir, en este momento de la vida ha de producirse un encuentro personal con Dios, en Jesucristo. Y este encuentro personal deberá marcar decisivamente el resto de la vida.

¹ BENEDICTO XVI, *Homilía en la Misa de inicio de su pontificado* (24 de abril de 2005).

² Juan Pablo II inició estas Jornadas Mundiales de la Juventud en Roma, con motivo del Año de la Redención (1984) y del Año Internacional de la Juventud (1985). Después han seguido las de Buenos Aires (1987), Santiago de Compostela (1989), Czestochowa (1991), Denver (1993), Manila (1995), Paris (1997), Roma (2000), Toronto (2002), Colonia (2005), Sydney (2008). La próxima convocatoria se celebrará en Madrid 2011.

³ JUAN PABLO II, Encíclica *Redemptor hominis* (4 de marzo de 1979), n. 10: “El hombre no puede vivir sin amor. Es un ser incomprensible para sí mismo, su vida está privada de sentido si no se le revela el amor, si no se encuentra con el amor, si no lo experimenta y lo hace propio, si no participa en él vivamente”.

A veces este encuentro con Dios, con Jesucristo, se produce serenamente, progresivamente, casi sin darse cuenta, de manera que no habría un momento de especial impacto en esa relación personal. Pero es muy frecuente que el encuentro con Jesucristo se produzca con un choque psicológico, al descubrir la belleza, la grandeza y la hondura del amor con que Él nos ha amado. El que se encuentra con Jesucristo se llena de asombro, de estupor. “Este estupor se llama Evangelio” (RH 10)⁴. Si el corazón humano está sediento de amor, el encuentro con Aquel que ha dado la vida por mí, no puede dejar indiferente al que experimenta este encuentro, que llena el corazón y produce un gozo incontenible. En muchas ocasiones, incluso, este encuentro viene después de una etapa, a veces de largos años, de alejamiento de la práctica religiosa de la infancia, que ha tenido perdido al sujeto o entretenido en cosas que no le llenan, e incluso le aburren.

Hasta que no se produce este encuentro personal y fuerte con el Señor, la vida no ha tomado todavía su pleno sentido. En la juventud se da esta fuerte paradoja. Siendo la época de mayor vitalidad y que tiene a su alcance más posibilidades, sin embargo, es frecuente constatar que muchos jóvenes se aburren. El corazón humano necesita razones para vivir, motivaciones para actuar, entusiasmo e ideales para superar las dificultades. La búsqueda de la felicidad en muchos jóvenes les lleva por caminos equivocados, que les dejan cada vez más vacíos. De ahí, el aburrimiento, la apatía, la falta de interés, más frecuente entre los jóvenes de nuestro tiempo que en los de otras épocas, quizá por tener más medios al alcance, que no llenan el corazón y dejan insatisfechos.

Basta recorrer los pueblos y ciudades, pequeños o grandes, al amanecer del día de fiesta, para constatar los “vidrios rotos” de la noche pasada. La **cultura de la muerte** asoma su zarpa en este campo. El alcohol sin medida, con el objetivo directo y crudo de embriagarse sin más, las drogas de toda clase para poder aguantar el tipo una o más noches seguidas, el sexo impersonal y animal, que cada vez va adelantando más la edad de quienes lo practican, con un planteamiento neto de fornicación, van dejando un poso de tristeza, que lleva a muchos jóvenes a plantearse qué sentido tiene el vacío de la vida. Una de las causas de mortandad hoy entre los jóvenes es el suicidio juvenil junto a los accidentes de circulación, que se cobra tantas vidas juveniles.

U otras salidas de falsa espiritualidad, entre las que no faltan las sectas místicas o los cultos satánicos, que nos interpelan fuertemente. ¿Por qué crece la afición a tales prácticas pseudoreligiosas, cuando está al alcance de todos la posibilidad del encuentro con Jesucristo, único salvador para todos los hombres?

Urge, por tanto, que los niños y los jóvenes se encuentren con Jesucristo, el Hijo eterno de Dios que se ha hecho hombre como nosotros, que descubran el sentido de sus vidas, que se sientan amados por quien ha entregado su vida en rescate por todos los hombres (cf. Mc 10,45). “Me amó y se entregó por mí” (Ga 2,20). Mientras no se llega a este encuentro personal, no hay verdadera iniciación cristiana. Evidentemente, cada etapa tiene sus niveles y en todas ellas se da una gradualidad creciente, a veces con zigzag, pero la iniciación cristiana consiste en llevar al niño y al joven al encuentro personal con Jesucristo, de manera que uno pueda afirmar con verdad: “Lo mejor que ha podido sucederme en la vida es haber encontrado a Jesucristo” y desde esa experiencia anunciarlo a los demás.

2. En Tarazona también hay jóvenes

La realidad de nuestra diócesis de Tarazona, pequeña y despoblada, lleva a veces a dar por ciertas algunas afirmaciones que no lo son. “Aquí no hay jóvenes”, he oído decir muchas veces. La Visita Pastoral a las distintas parroquias y arciprestazgos me va convenciendo precisamente de lo contrario. En nuestra diócesis de Tarazona también hay jóvenes, y hay bastantes jóvenes. Evidentemente, no tenemos el número de jóvenes que puede haber en una metrópoli. Pero tenemos los que Dios nos ha encomendado, que son suficientes para que tengamos que dedicarles horas y atención abundantes.

Una cifra orientativa nos la brinda la matrícula de muchachos de ESO y Bachillerato que tenemos en nuestros institutos⁵:

-En **Ateca**, IES Zaurín, hay 292 alumnos en ESO + 57 en Bachillerato, que hacen un total de 349.

⁴ “En realidad, ese profundo estupor respecto al valor y a la dignidad del hombre se llama Evangelio, es decir, Buena Nueva. Se llama también cristianismo. Este estupor es el que justifica la misión de la Iglesia en el mundo, incluso, y quizá aún más, «en el mundo contemporáneo». Este estupor, que es también persuasión y certeza, en su raíz profunda es la certeza de la fe, y de manera escondida y misteriosa vivifica el verdadero humanismo en todos sus aspectos” (RH 10).

⁵ Las cifras corresponden al curso pasado 2007-2008.

-En **Illueca**, IES Virgen de la Sierra, hay 312 alumnos en ESO + 58 en Bachillerato, que hacen un total de 370.

-En **Calatayud** hay dos centros públicos y un colegio de la Iglesia. En el IES Leonardo Chabacier, hay 336 alumnos en ESO + 75 en Bachillerato. En el IES Emilio Gimeno, hay 455 alumnos en ESO + 193 en Bachillerato. Y en el colegio de Santa Ana, hay 211 alumnos de ESO. En total, 1002 alumnos de ESO + 170 en Bachillerato, que hacen un total de 1172.

-En **Mallén**, IES Valle del Huecha, hay un total de 157 alumnos de ESO.

-En **Borja**, hay un centro público y un colegio de la Iglesia. En el IES Juan de Lanuza, hay 263 alumnos de ESO + 96 de Bachillerato. Y en el colegio de Santa Ana, hay 74 alumnos de ESO. En total, 413 alumnos.

-En **Tarazona**, hay un centro público y dos colegios de la Iglesia. En el IES Tubalcaín, hay 329 alumnos de ESO + 133 de Bachillerato. En el Colegio de Ntra. Sra. del Pilar (Hermanas de la Caridad de Santa Ana), hay 101 alumnos de ESO. Y en el Colegio Sagrada Familia (diocesano), hay 96 alumnos de ESO. En total, 659.

Sumando todos los totales, tenemos 2.616 alumnos de ESO + 612 alumnos de Bachiller. Es decir, en nuestra diócesis están escolarizados un total de **3.228 alumnos de 13 a 18 años**. Y aquí no están todos, porque los 2.616 corresponden a los cuatro cursos de ESO, que es obligatoria, pero después de esa edad, no todos hacen Bachillerato, sino que optan por otros cauces formativos o se encauzan directamente al mundo laboral.

Más de tres mil jóvenes de una edad muy concreta, o primera juventud. A ellos hay que sumar otros tantos en edades sucesivas, que continúan vinculados a sus familias en nuestra diócesis, aunque estudien en otros centros superiores o hayan encontrado ya su primer trabajo. Podríamos decir que en la diócesis de Tarazona hay en torno a los diez mil jóvenes, de los 13 a los 25 años. No son sólo cifras, son personas. Pero conviene saber de qué cantidades estamos hablando para ajustarnos a la realidad objetiva y no andarnos por las ramas en un sentido o en otro.

Todo un ejército de jóvenes, que están esperando la Buena Noticia, que les cambiará la vida. Con un puñado de estos muchachos y muchachas en cada núcleo de los mencionados lograríamos que los jóvenes evangelizaran a los jóvenes de su generación y asumieran la tarea de acompañar a los más pequeños, de manera que no se rompa la cadena transmisora de la fe de una generación a otra.

Jóvenes tenemos. Necesitamos pedirle al Señor **ganas de trabajar con ellos**, superando las dificultades que toda tarea educativa ha encontrado siempre y encuentra hoy de manera especial. Pero vale la pena gastar tiempo, energías y paciencia con estos muchachos y muchachas. Yo diría que hoy es más apasionante esta tarea, precisamente porque encuentra especiales dificultades, y se nos conmueven las entrañas cuando vemos que muchos de ellos van camino de perdición. Ellos se sentirán felices si les llevamos al conocimiento de Jesucristo y de su Evangelio, y nosotros mucho más si hemos servido de polea transmisora de la fe vivida, que a su vez nosotros hemos recibido en nuestra vida. Podemos decir que los jóvenes son hoy un sector pastoral que necesita más atención que otros porque tienen más necesidades. La opción preferencial por los pobres, que la Iglesia hace suya, tiene una expresión concreta en la pastoral con los jóvenes de nuestra diócesis. Ellos son ricos en salud, energías, futuro. Pero son pobres en el conocimiento y en la experiencia de Jesucristo. Éste es el mayor tesoro para una persona, y muchísimos jóvenes todavía no lo han encontrado ni llevan camino de encontrarlo, como la Iglesia no salga a su encuentro.

Queridos sacerdotes, catequistas, profesores, padres de familia. He aquí una parcela importantísima de la acción pastoral de la Iglesia en nuestra diócesis. Vamos a por ellos. Con el amor y el estilo evangélicos. No lo dejemos para después, porque entonces puede ser tarde para muchos de estos jóvenes. Vayamos convencidos de que el encuentro con Jesucristo es posible, más aún, es entusiasmante. Este encuentro tiene lugar en la Iglesia católica, a la que pertenecemos, en la que vivimos y en la que queremos morir como fieles hijos. Salgamos al encuentro de los jóvenes con este entusiasmo que brota de habernos encontrado nosotros con el Señor. Lleguemos hasta ellos para acercarnos la Iglesia como comunidad viva, fundada por Jesucristo, como hogar de encuentro, como horizonte universal donde podemos respirar a pleno pulmón.

3. Cauce de iniciación cristiana: La doctrina, la liturgia, la comunidad o el testimonio

3.1. Conocer bien la doctrina cristiana

En la iniciación cristiana es fundamental el conocimiento de la doctrina cristiana. En nuestra época, padecemos un cierto desprecio de la doctrina, que a veces consideramos despectivamente como teoría. Continúa siendo cierta

aquella feliz expresión de Pablo VI: “El hombre de hoy escucha más a gusto a los que dan testimonio que a los que enseñan, o si escucha a los que enseñan es porque dan testimonio” (*Evangelii nuntiandi*, 41). Pero es necesaria la doctrina para que la mente humana quede satisfecha. Valoramos más la ortopraxis (el buen actuar) que la ortodoxia (el buen pensar). Supervaloramos la experiencia humana. Incluso en el campo de la catequesis, se ha priorizado en las últimas décadas la experiencia humana como centro de la catequesis, olvidando a veces la peculiaridad del acto de fe, que es respuesta libre y consciente a Dios que se revela.

“La fe viene por el oído” (Rm 10,17), nos recuerda el Apóstol. Es decir, la fe es provocada por la escucha de la **Palabra de Dios**, transmitida por la Iglesia en su Tradición viva, en su Magisterio, en la vida de sus mártires y santos. Quiere decir que en la transmisión de la fe es muy importante la escucha a Dios, que se comunica al hombre en la Revelación, cuya culminación está en Jesucristo. La experiencia cristiana no brota del hombre espontáneamente, sino que tiene su origen en Dios y acontece en el corazón humano. La Revelación aporta al hombre una novedad que el hombre no tiene en su corazón, mientras no le es dado el don por parte de Dios y mientras no es acogido este don gratuito en la libertad del acto de fe. La tarea de la Iglesia está al servicio de este don de Dios.

De ahí que sea tan importante para la iniciación cristiana la transmisión de los **contenidos doctrinales de la fe**. El Credo en todos sus artículos de fe, los Sacramentos con la gracia específica de cada uno y su contenido propio, como dones en los que Dios se acerca al hombre y le hace partícipe de su vida divina, los Mandamientos como palabras sustanciales de Dios al hombre, que señalan el caminar cristiano y conducen a la felicidad de las Bienaventuranzas. He aquí las tres primeras partes del **Catecismo de la Iglesia Católica**, que con la cuarta parte dedicada a la oración cristiana constituye un instrumento imprescindible para la iniciación cristiana de nuestros niños y jóvenes. Un instrumento que ha de ser bien conocido y valorado por sacerdotes, catequistas, profesores de Religión, padres de familia. Un instrumento óptimo para la transmisión de la fe en nuestro tiempo.

Hemos de reconocer humildemente que muchas de las experiencias de nuestras catequesis, con sus correspondientes manuales, buscando la experiencia humana de la fe (*fides qua*), no han transmitido los contenidos doctrinales esenciales (*fides quae*) para que esa fe sea sólida. Con lo cual se ha producido un vaciamiento de contenidos en nuestras catequesis, y la experiencia que se pretendía ha quedado también inconsistente de contenido. Urge recuperar el conocimiento de los contenidos de la fe (*fides quae*), fundamento imprescindible de la experiencia de fe (*fides qua*).

Nos encontramos así con una generación, la de **los padres jóvenes** de nuestros niños y adolescentes, que en su inmensa mayoría no conocen la doctrina cristiana, además de que por otras razones se han apartado de la práctica religiosa. Muchos de ellos no la recibieron nunca ni en la catequesis, ni en la escuela, ni en la parroquia. He aquí un fallo fundamental de la transmisión de la fe en nuestros días, cuyas fatales consecuencias sufren nuestros niños y jóvenes, que van despertando a la fe. Gracias en muchos casos a los abuelos y a las abuelas, que han enseñado a sus nietos a rezar el Padrenuestro, el Avemaría a la Virgen y tomándolos de la mano los han llevado a la Iglesia para rezar con ellos y les han explicado de manera sencilla lo que ellos sí recibieron cuando eran niños, los contenidos esenciales de la fe.

Por eso, no es extraño encontrarse con muchos cristianos que, aún teniendo estudios universitarios, desconocen la moral católica, y que ante los múltiples cambios y avances científicos de nuestra época no tienen elementos para dar razón de su esperanza y de su fe. Es como un organismo que tiene bajas las defensas y cuando viene cualquier viento contrario, un simple constipado o cualquier virus que ande suelto pueden acabar con él, puede acabar con su fe o hacer que se tambalee. Cuando pensamos en nuestros niños y jóvenes, hemos de conocer esta carencia fundamental con la que ellos se encuentran, sin culpa suya. Nuestra acción pastoral deberá ir encaminada a remediar esta carencia. Las **catequesis de adultos** son imprescindibles, para mantener una formación permanente, hoy más necesaria que nunca, y para establecer un continuo diálogo entre la fe y la razón, entre la fe y la ciencia, entre la fe y la vida diaria.

¿Por qué el aborto no es un derecho de elección, sino que es el asesinato de un niño indefenso en el seno de su madre? ¿Por qué el embrión es ya una persona humana, incluso en su fase preimplantatoria, desde el momento mismo de su concepción? ¿Por qué la fecundación *in vitro* rompe el plan de Dios y el derecho de todo ser humano a

ser engendrado por el abrazo amoroso de sus padres⁶? ¿Por qué investigar con células-madre matando embriones o clonándolos, y no emplear las células-madre “éticas”⁷? Estas y otras muchas preguntas están sin respuesta en la mente de muchos católicos en edad adulta, y ello les expone a ser manipulados por el pensamiento de moda, que les arrastra a perder la fe.

Uno de los peores males de nuestro tiempo es la separación entre la fe y la vida, entre la fe y la ciencia, entre la fe y la razón. Es necesaria para los adultos una formación permanente, con la que poder responder a tantos interrogantes que les hacen los niños, los adolescentes y los jóvenes. Todo ello se agrava si los ataques directos a la fe se hacen en nombre de un falso cientifismo, como si la fe fuera propia de personas subnormales, fundamentalistas enemigos de la ciencia. La postura atea o agnóstica, tan frecuente en los profesores jóvenes de nuestros adolescentes, el dogmatismo de un evolucionismo que excluye el concepto de creación, y, por tanto, excluye la idea de Dios en el universo, la visión de la sexualidad humana exclusivamente como fuente de placer, sin ninguna referencia a la persona humana y al plan de Dios sobre la misma, la ideología de género implantada obligatoriamente en las escuelas, a través de la “educación para la ciudadanía”, etc.

Si a todo esto añadimos la propaganda fácil y tantas veces malintencionada, con todos los medios a su alcance, prensa-radio-TV, para presentar a la Iglesia católica como un parásito en la sociedad de nuestro tiempo, silenciando la enorme obra social que lleva a cabo, movida por el amor de Jesucristo y suscitando generosidades y voluntariados de todo tipo. La Iglesia como una sociedad oscurantista a través de los siglos, como una inquisición intransigente que ha cometido todo tipo de tropelías. La Iglesia como creadora de tensiones y de guerras a lo largo de la historia. La Iglesia como enemiga de la ciencia y del hombre.

No hay adolescente ni joven que resista estos envites, cuando desde las aulas o desde los medios de comunicación se ataca la fe tan directamente. No es extraño que el propio sistema de pensamiento y de actitudes vitales, recibidas en la infancia, se derrumbe y la fe se pierda en esta época de la vida, la juventud, en la que precisamente esta fe había de quedar reforzada para siempre. La situación es alarmante. No podemos permanecer pasivos, esperando a ver qué pasa, mientras los jóvenes se pierden. Hemos de reaccionar, saliendo a su encuentro. Pongamos la imaginación al servicio de la caridad pastoral, como lo han hecho los grandes santos que han trabajado para los jóvenes, como san José de Calasanz, san Juan Bosco, etc.

3.2. Celebrar bien los sacramentos de la iniciación cristiana

Algo parecido sucede con la liturgia, o con la **celebración del misterio cristiano**. La liturgia es un cauce fundamental para la iniciación cristiana. A través de la celebración consciente y fructuosa de los sacramentos, y especialmente de la Eucaristía, somos introducidos en el misterio de Dios, que se ha acercado a los hombres en Jesucristo, el Verbo hecho carne, para hacernos a nosotros partícipes de su vida divina, por la acción del Espíritu Santo, que actúa eficazmente en los sacramentos.

La reforma litúrgica del Concilio Vaticano II ha supuesto un enriquecimiento precioso para la vida de la Iglesia, ha acercado el misterio de Dios a la comprensión de los fieles. La liturgia católica, y más aún la reformada por el Vaticano II, es un alimento de inmenso valor nutritivo para la fe de los cristianos. La abundancia de Palabra de Dios, la expresión inteligible de los signos sacramentales, el enriquecimiento del Año litúrgico con sus tiempos fuertes, el acercamiento de la Liturgia de las Horas al pueblo cristiano son algunos de los valiosos elementos que tenemos a nuestro alcance para alimentar la fe de nuestro niños y jóvenes. La viveza de tantas celebraciones en las que toman parte distintos servicios: el canto, los lectores, las ofrendas, etc. es un logro de indudable valor catequético para pequeños y mayores.

Sin embargo, muchas de nuestras celebraciones no expresan el misterio de Dios, no acercan el misterio de Dios al hombre, no introducen al hombre en el misterio de Dios. Algo está fallando y hemos de revisarlo con valentía y con humildad, para corregir lo que no vaya bien y potenciar lo que vaya bien para que vaya mejor. La celebración del

⁶ “Ninguna técnica mecánica puede sustituir el acto de amor que dos esposos se intercambian como signo de un misterio más grande, que los ve protagonistas y copartícipes de la creación”: BENEDICTO XVI, Audiencia al Congreso “Custodios e intérpretes de la vida” en el 40º de la *Humanae vitae*, 10 de mayo de 2008.

⁷ Véanse los éxitos de las investigaciones del japonés Shinya Yamanaka, de la Universidad de Kyoto-Japón, que ha conseguido células-madre por caminos “éticos”: “En Japón, la genética no exige sacrificios humanos”, Entrevista al embajador de Japón ante la Santa Sede, Kagefumi Ueno, *L'Osservatore Romano* (ed. española, 29 de agosto de 2008), 10 (486)-11 (487).

misterio cristiano en muchos casos se ha banalizado, en aras de una divulgación que lo hace desaparecer. Voces entendidas repiten hoy que muchas de nuestras celebraciones no dicen nada, no transmiten aquella mística de la que el hombre de nuestro tiempo está tan necesitado, y por eso busca otras aguas (aunque sean turbias) que puedan saciarlo. Por querer acercar la liturgia al pueblo, por querer hacerla inteligible, a veces la hemos despojado de su sentido de misterio, de manera que está prácticamente ausente el sentido de adoración, de alabanza a Dios, de encuentro con el Invisible. A muchos de nuestros contemporáneos nuestras celebraciones les aburren, quizá porque no las entienden, quizá porque no transmiten casi nada. Es necesaria una *catequesis litúrgica* apropiada, que explique todo lo que celebramos, y favorezca el encuentro con el misterio de Dios, ante el cual el hombre adora en silencio.

El Papa Benedicto XVI, que en su etapa de teólogo tiene escritos preciosos sobre el valor de la liturgia, ha dado señales de querer afrontar la “reforma de la reforma” litúrgica. Es decir, potenciar los aspectos positivos que el Vaticano II nos ha traído, y corregir los vicios que se han introducido en las últimas décadas. ¿Cómo es posible que tantas personas, incluidos niños y jóvenes, se acerquen a comulgar y no expresen de ninguna manera el sentido de adoración al Dios hecho carne que reciben en la Comunión? Como si comieran una galleta, se acercan distraídos y continúan más distraídos todavía después de comulgar, sin ningún coloquio con Jesucristo en la intimidad de su corazón. Algo grave está sucediendo, cuando los niños y jóvenes se acercan a comulgar y no se estremecen ante el misterio en el que están participando. La liturgia se convierte en estos casos en una profanación objetiva de Dios y de sus más altos dones. La Eucaristía llevada a estos extremos, por lo demás muy generalizados hoy en el pueblo cristiano, se convierte en un instrumento de alejamiento de Dios, hasta que uno se aburre y la deja para siempre.

En la iniciación cristiana, la Eucaristía es un momento fundamental de la vivencia cristiana. Si la Eucaristía logra conectar a los hombres con Dios, ha logrado su objetivo. Si no, se convierte en una práctica cada vez más pesada, que acaba por abandonarse.

Recuerdo a este propósito la impresión que me causó la experiencia de un hombre recio, ya maduro, como tantos hombres que trabajan nuestros campos y tienen una fe bien arraigada, fruto de una buena iniciación cristiana llevada a cabo por curas, catequistas y por sus mismos padres en la infancia. Se me acercó al terminar una tarde eucarística en Torrehermosa, el pueblo natal de san Pascual Bailón. Habíamos celebrado la Eucaristía y la adoración posterior, que terminó con una procesión eucarística por las calles del pueblo. Realmente fue una tarde hermosa, bien preparada por los sacerdotes del arciprestazgo. Cuando terminó todo, aquel hombre fue a saludar al obispo y con lágrimas en los ojos expresó su gratitud por los actos preciosos que acabábamos de celebrar. Estaba emocionado, sobre todo, por la adoración eucarística y me confesó: “Hace cuarenta años que en mi parroquia no hay adoración eucarística”.

¿Cómo van a crecer en la iniciación cristiana nuestros niños y jóvenes, si no son introducidos en el trato asiduo y amistoso con Jesús en la Eucaristía? ¿Qué preparación para la primera comunión han podido tener niños y niñas que ni han acudido a la Misa dominical antes de este gran acontecimiento, ni vuelven a pisar la Iglesia después de este momento fundamental de su experiencia cristiana? Parece como si todo hubiera sido una fiesta infantil, llena de regalos. ¿Realmente, se han encontrado esos niños con Jesucristo en la primera comunión? No se trata de buscar culpables, sino de constatar con dolor algo que se repite cada vez con más frecuencia, y así poder afrontarlo con responsabilidad por parte de todos.

En la iniciación cristiana, la *primera comunión* es un momento fundamental y privilegiado. Cuando se hace bien, deja huella positiva en el corazón humano para toda la vida. No soy partidario de retrasar la primera comunión, como he tenido ocasión de decir en algunas ocasiones. Conozco las orientaciones pastorales vigentes⁸. Acepto el Proyecto Catequético para la iniciación cristiana de niños y jóvenes bautizados, promulgado por mi antecesor Mons. Carmelo Borobia el 3 de octubre de 2004 para la diócesis de Tarazona, que no pretendo derogar con esta carta. Pero os invito a todos a reflexionar con serenidad sobre cómo estamos haciendo las cosas en un mundo que cambia con tanta velocidad. No podemos permanecer anclados en posturas y planteamientos pastorales, cuyos resultados constatamos que no funcionan.

⁸ CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, “La iniciación cristiana. Reflexiones y orientaciones” (27 de noviembre de 1998).

La ley general de la Iglesia establece los 7 años para la primera comunión (c. 97, § 2 en relación con el c. 914)⁹. ¿Por qué posponerlo hasta los 9 o hasta los 10, o incluso después? Los niños hoy son más precoces que antes, pierden antes la inocencia. La primera comunión de los niños, según la mente de la Iglesia, debe situarse en ese momento en el que el niño sabe bien lo que hace (distingue el pan ordinario del pan eucarístico) y todavía no ha perdido la inocencia infantil. Ése es el momento en el que Jesús quiere tomar posesión del corazón de ese niño. Así lo entendió el Papa San Pío X, cuando a comienzos del siglo XX generalizó la primera comunión en la edad temprana, oponiéndose a la actitud jansenista que buscaba un perfeccionismo inalcanzable. Y así lo hemos vivido desde entonces hasta los niños de mi generación. Preparemos bien a los niños que han de comulgar, pero no retrasemos indebidamente la edad de ese encuentro feliz con Jesucristo. Evitemos en la medida de lo posible tanta parafernalia externa para que el niño vaya a lo esencial, y toda la familia pueda vivir un momento fuerte de su vida cristiana.

Incluso si uno se aleja de Dios más tarde, el recuerdo de aquella experiencia en la edad temprana, es siempre una puerta abierta para que este corazón vuelva de nuevo a encontrarse con Dios. Conocí a una persona de gran relevancia social y muy alejada de Dios y de toda práctica religiosa que, en el momento decisivo de su vida, pidió un sacerdote. Dios me concedió la gracia de poder atenderle y pude constatar que por encima de todo prevalecía en él aquella experiencia de su primera comunión, ya muy lejana, pero muy viva en la plena lucidez ante la muerte que se acercaba. Cuidemos mucho la preparación para la primera comunión, y cuidemos más todavía la participación durante el año siguiente a la primera comunión. En algunas parroquias de nuestra diócesis, he conocido iniciativas para retener a los niños y niñas que han hecho la primera comunión. Acuden a Misa todos los domingos, participan con distintas funciones, y el párroco y sus catequistas van explicándoles algún aspecto de la Eucaristía, en la que participan comulgando, y para la que se preparan con la oportuna confesión que va configurando su conciencia desde la infancia.

Pero la primera comunión no debe ser la última. Hemos de fomentar la comunión eucarística entre los niños, los adolescentes y los jóvenes. La comunión eucarística, recibida normalmente en la celebración de la Santa Misa, es el alimento espiritual por excelencia para los jóvenes (y para todos). ¿Por qué no animamos a nuestros jóvenes a que comulguen con frecuencia, incluso a diario? ¿No tenemos todos alguna experiencia del gran valor de esta práctica? Quizá nos pesa el prejuicio de la “sacramentalización”, que queremos evitar. Sin embargo, la propuesta de la comunión diaria a un joven que va entrando en relación profunda con el Señor debe ser lo normal en la pastoral juvenil. Es de una eficacia enorme ese encuentro con Jesucristo, a través del sacramento de la Eucaristía, que conlleva lógicamente la frecuencia del sacramento de la Penitencia. No privemos de estas riquezas a nuestros jóvenes. Jesucristo es para ellos, especialmente. La Iglesia recomienda la comunión eucarística frecuente, incluso diaria, para todos

Por eso, junto al sacramento de la Eucaristía es muy importante en este momento, y para toda la vida, el **sacramento de la Penitencia**, que también ha sufrido un deterioro notable. No debe acercarse ningún niño a recibir la primera comunión, sin haber recibido el sacramento del perdón¹⁰. Es verdad que sus pecados son de niño, pero es más verdad aún que son verdaderos pecados, y que el sacramento de la penitencia reitera *toties quoties* (tantas veces cuantas nos acercamos a él) el “bautismo para el perdón de los pecados”. El bautismo perdona todos los pecados, pero se recibe una sola vez en la vida, mientras que el cristiano continúa siendo pecador. La Iglesia con el correr del tiempo fue descubriendo que la misericordia de Dios no tiene fin, y que esta misericordia se concreta en un sacramento instituido por Jesucristo, el sacramento de la Penitencia, recibido individualmente. Un sacramento que consta de elementos esenciales que no podemos suprimir nosotros: confesión de todos los pecados mortales con un sincero arrepentimiento y el propósito de no volver a pecar, absolución sacramental recibida personal e individualmente y el cumplimiento de la penitencia, como satisfacción reparadora y medicinal. Confesión, absolución, satisfacción.

No despreciemos las confesiones de los niños. Que los padres y catequistas les enseñen a hacerlas cada vez mejor. Hemos pasado del rigorismo puntilloso al laxismo que suprime el sacramento del perdón para los niños. Los abusos

⁹ “Los padres en primer lugar, y quienes hacen sus veces, así como también el párroco, tienen obligación de procurar que los niños que han llegado al uso de razón se preparen convenientemente y se nutran cuanto antes, previa confesión sacramental, con este alimento divino...” (c. 914). Aunque la misma legislación universal prevé aplicaciones particulares, la legislación universal debe primar sobre la particular, puesto que la Iglesia universal es una realidad ontológica y temporalmente previa a cada Iglesia particular.

¹⁰ Cf. CONGREGACIÓN PARA LA DISCIPLINA DE LOS SACRAMENTOS, *La Penitencia antes de la Primera Comunión* (24 de mayo de 1974)

no se corrigen suprimiendo el sacramento, sino haciéndolo bien. Algo grave ha sucedido también en este campo. Y si un niño no aprende a confesarse de niño, será más difícil que lo haga de joven o de mayor.

No debieran dejarse esos años preciosos, que constituyen la infancia adulta, de los 9 a los 12 años. Es un momento muy propicio para conocer la doctrina cristiana a fondo y para participar en la Eucaristía con actitudes cada vez más arraigadas de adoración, de alabanza, que se expresan en el canto y en los gestos litúrgicos. Es la edad del despertar de la conciencia moral, donde el sacramento de la confesión tiene un papel insustituible.

Cuando los jóvenes de hoy descubren el valor de este sacramento, acuden y vuelven a él con mucho provecho. El pecado, que es ofensa a Dios, deteriora a la persona. Y un joven que constata sus debilidades, necesita constantemente del perdón de Dios, que no se cansa de perdonar. No debemos privar a los jóvenes del alivio que se experimenta cuando uno ha confesado sus pecados y se ve libre de ellos por la misericordia de Dios. “Para vivir en libertad, Cristo nos ha liberado” (Ga 5,1). Cuando uno experimenta el zarpazo de los pecados capitales (la ira, la lujuria, la soberbia, la envidia, la pereza, la gula, la avaricia) o siente la derrota de sus pasiones desordenadas, todavía queda una palabra, que es la palabra constructiva del perdón de Dios, que nos hace nuevos. La iniciación cristiana incluye este aspecto de asimilación del perdón, que vence al pecado continuamente.

Que los adolescentes y los jóvenes sean llevados al sacramento del perdón continuamente, que vean al sacerdote disponible para escucharles siempre y perdonarles en el nombre de Jesucristo. Busquemos las ocasiones para invitarles a recibir el perdón, ayudemos a confesarse bien, en convivencias, por pandillas, etc. Que la propuesta del sacerdote no rebaje nunca las exigencias de la vida cristiana, de la vida nueva en Cristo, quitando importancia a lo que la tiene, sino que presente el camino del Evangelio con toda claridad, llamando las cosas por su nombre, y ofreciendo continuamente la misericordia de Dios a quien humildemente la pide y está en disposición de recibirla. Que por parte de sacerdotes y catequistas exista la sana obsesión de que los jóvenes vivan en gracia de Dios, que no es una utopía inalcanzable, sino que está al alcance de todos como un don precioso de Dios. Lo mismo que se duchan continuamente para cuidar su cuerpo, se confiesen con frecuencia para cuidar su alma.

Además, el carácter personalizado de este sacramento hace de la Penitencia un elemento pedagógico imprescindible en la iniciación cristiana. Aquello que uno escucha dirigido a todos en la predicación de la Iglesia, lo recibe personalizado en ese diálogo con el sacerdote que precede o sigue a la confesión de los propios pecados. He aquí el origen de la dirección o del acompañamiento espiritual, que todos necesitamos para el crecimiento de nuestra vida espiritual. Cuando un joven tiene a su disposición este medio de santificación, su vida espiritual y su compromiso cristiano crecen de manera notable. Lo digo por experiencia de ministerio durante muchos años en este campo.

La iniciación cristiana concluye con el **sacramento de la confirmación**. Es el sacramento del Espíritu Santo, que como regalo de Dios, hace del hombre hijo de Dios en plenitud y miembro de su Iglesia. Sobre este sacramento la Iglesia ha reflexionado abundantemente en los últimos años. Primero, profundizando en la acción del Espíritu Santo en la Iglesia y en el corazón del hombre. El Espíritu Santo ha pasado de ser el “gran desconocido” a ser el protagonista de un nuevo Pentecostés, cuyos signos son muy visibles en la Iglesia de hoy. He aquí uno de los frutos preciosos del postconcilio, la enorme floración de comunidades y movimientos, que expresan la vitalidad de la Iglesia.

Pero, además, profundizando en la riqueza del sacramento, se va descubriendo que el Espíritu Santo es el que nos capacita para hacer de nuestra vida una ofrenda permanente al concurrir con el ministro en la ofrenda eucarística. Es decir, el misterio de la redención consiste en que Cristo se ha ofrecido al Padre abrasado en el amor del Espíritu Santo, por todos los hombres, para que los hombres sean capaces de ofrecer su vida y entregarla, movidos por el Espíritu Santo. Sacramento de la confirmación y sacramento de la Eucaristía van íntimamente unidos, y no se entienden el uno sin el otro. De manera que la Eucaristía no puede ofrecerse si no es movidos por el Espíritu Santo, que nos transforma en ofrenda permanente, y la confirmación es plenitud del Espíritu Santo que en la Eucaristía encuentra su total realización.

Por eso, la concreción de la edad de la confirmación está en proceso de revisión. La Iglesia tiene claro en el correr de los siglos cuál es el orden de los sacramentos de iniciación: bautismo-penitencia, confirmación y eucaristía. Y así queda plasmado en la legislación universal, incluso en el nuevo Código de 1983, fruto del Concilio Vaticano II, en el

canon 891¹¹, que deja a las Conferencias Episcopales que establezcan otra edad por razones pastorales. Tales razones pastorales han fijado en España “como edad para recibir el sacramento de la Confirmación la situada en torno a los catorce años, salvo el derecho del obispo diocesano a seguir la edad de la discreción a que hace referencia el canon 891”¹². En fecha más reciente¹³, se analizan los pros y contras de esa edad y se deja abierto el camino a nuevas experiencias pastorales en este campo. En nuestra diócesis de Tarazona, la mayoría de los jóvenes se confirman al terminar la ESO o durante el bachillerato, o incluso después. Pero, con permiso del obispo, han comenzado algunas experiencias en edad más temprana de los 14 años, y quedan abiertas otras catequesis para adultos que se preparan a la confirmación incluso más tarde, al haber quedado descolgados por diferentes motivos.

Mi postura en este punto es clara, y la he expresado en varias ocasiones. Prefiero el orden establecido por la ley universal de la Iglesia, de manera que los sacramentos de la iniciación cristiana se reciban como se han recibido siempre: bautismo (penitencia)-confirmación-eucaristía. Comprendo que haya habido y continúe habiendo razones pastorales que aconsejen posponer la recepción del sacramento de la confirmación a la etapa juvenil, alterando el orden natural de tales sacramentos. En esa línea he trabajado muchos años de vida parroquial. Pero una vez que, además de la ley universal, incluso la Conferencia Episcopal Española abre la posibilidad de otras opciones (que nunca estuvieron cerradas del todo), no debemos someternos a una sola edad, y más bien habremos de ir caminando hacia la **recepción de este sacramento antes de la primera comunión**, dejando libertad para que el sacramento pueda ser preparado y recibido también en la etapa juvenil.

La participación en la Eucaristía de un confirmado no es la misma que la participación de un no confirmado. La confirmación concede al confirmado el Espíritu Santo que hace que la ofrenda eucarística de la propia vida llegue a plenitud: “que Él (el Espíritu Santo) nos transforme en ofrenda permanente” (Plegaria III). Ya sabemos que el Espíritu Santo es recibido primeramente en el bautismo, pero no es lo mismo estar confirmados o no a la hora de participar en la Eucaristía, a no ser que vaciemos de contenido el sacramento de la confirmación, que es don del Espíritu en plenitud, necesario para hacer del sujeto una ofrenda agradable a Dios.

En todo caso, sea cual sea la edad, en la confirmación se renueva la profesión de fe bautismal. Os ruego, por favor, que no cambiéis la fe de la Iglesia en ese rito. El ritual ofrece tres formularios. Yo prefiero el más breve, aquel en el que se expresan las dos renunciaciones a Satanás y los tres artículos principales. Pueden usarse también los otros dos. Pero me encuentro cada “credo” por ahí, que me estremece. Seamos cuidadosos, explicando a los confirmandos la importancia de adherirse a la fe de la Iglesia, pues no se trata de un manifiesto personal, sino de adecuar la *fides qua* (actitud de fe personal) a la *fides quae* (contenido doctrinal), que fija la Iglesia, no cualquier formulario tomado de una revista juvenil.

3.3. Vivir la comunidad, como lugar de la iniciación cristiana

La vida cristiana se vive en comunidad. Dios no ha querido salvarnos aisladamente, sino formando un pueblo, una comunidad viva. La Iglesia es asamblea convocada por Dios y reunida en la unión del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. La Iglesia no es una reunión constituida por nuestra iniciativa humana, es la asamblea de Dios, que suele reunirse en la casa de Dios, que es el templo. Esta comunidad, fundada por Jesucristo, está articulada en torno al ministerio de los Apóstoles y sus sucesores los obispos, *cum Petro et sub Petro*, con quienes colaboran los presbíteros, verdaderos sacerdotes del Nuevo Testamento, únicos sujetos capaces de celebrar la Eucaristía y administrar el perdón de Dios para el pueblo cristiano.

La comunidad primera y fundamental es la **familia**. Una familia cristiana, “Iglesia doméstica”, fundada en el sacramento del matrimonio por la unión indisoluble de un varón y una mujer, es el cauce fundamental de la iniciación cristiana. En la familia cristiana, los hijos son recibidos como un don de Dios, son criados con amor y son educados según las convicciones de los padres, que, cuando son cristianos, transmiten con toda naturalidad la fe a sus hijos.

¹¹ “El sacramento de la confirmación se ha de administrar a los fieles en torno a la edad de la discreción [los 7 años], a no ser que la Conferencia Episcopal determine otra edad...” (c. 891).

¹² CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, Decreto del 25 de noviembre de 1983.

¹³ CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *La iniciación cristiana. Reflexiones y orientaciones* (27 de noviembre de 1998).

Todo lo que se haga pastoralmente por apoyar la familia redundará en la iniciación cristiana de los hijos, niños, adolescentes y jóvenes. Reforzar la fidelidad matrimonial, acompañar a las familias en sus dificultades, ayudar a los esposos a abrirse generosamente al don de los hijos, catequizar a los padres con ocasión de los sacramentos de iniciación cristiana (bautismo [penitencia] -confirmación-eucaristía). Hacer, en definitiva, a los padres protagonistas de la iniciación cristiana de sus hijos, y en muchos casos iniciar a los padres al mismo tiempo que se va haciendo la iniciación de los hijos. Cuando la familia se inserta en la parroquia y cuando la parroquia asume en sus programas la presencia de las familias, tenemos reforzado el papel de los padres que solos no podrán hacer lo que juntos es posible.

A los padres corresponde de manera insustituible la educación de sus hijos, también la educación cristiana, y ellos han de educar a sus hijos para el amor humano, viviendo ellos mismo el amor en el seno de la familia. La educación afectivo-sexual tiene su lugar natural en la familia, y es especialmente urgente apoyar a los padres hoy en esta tarea, ante la avalancha manipuladora que presenta la sexualidad humana de manera totalmente extorsionada con programas muy concretos.

La **parroquia**, es la gran familia de los hijos de Dios, que reúne a las familias de su entorno. Nuestras parroquias van teniendo cada vez más ese tono familiar, donde todos se sienten como en su casa. El párroco hace las veces del *paterfamilias* y con él colaboran pequeños y grandes, hombres y mujeres, para hacer de la parroquia una auténtica familia, vertebrada por la misma constitución de la Iglesia, que no es democrática, como tampoco lo es la familia. Una parroquia en la que todos tienen el mismo papel o en la que todos deciden asambleariamente, ésa no es la Iglesia del Señor. La igualdad fundamental que brota del bautismo, se especifica después en la distinta misión que cada uno ha recibido. En la Iglesia es fundamental el ministerio sacerdotal, como es fundamental en una familia la existencia de los padres, que son las columnas de la familia. La soberanía de una sociedad democrática reside en el pueblo, que elige a sus representantes. En la Iglesia no es así. La única soberanía es la de Jesucristo el Señor. Y a él nos debemos todos, con la vocación y misión que él nos ha confiado a cada uno.

Es necesario que las parroquias vayan abriéndose a la institución del **Catecumenado**, que en su día puede instituirse a nivel diocesano. Se trata de todo un proceso de profundización en la fe, desde el punto de vista catequético, litúrgico y testimonial. No podemos contentarnos con ofrecer el mínimo de una preparación inmediata para los sacramentos de la iniciación. Si la mayoría de nuestros jóvenes han sido bautizados en los primeros días de su vida, cuando llegan a mayores, deben recorrer el camino del catecumenado postbautismal, es decir, descubrir el valor del propio bautismo, celebrarlo en distintas etapas y profundizar su significado en distintos niveles. El Ritual para la Iniciación Cristiana de Adultos (RICA) establece unos pasos, con sus respectivas celebraciones, que pueden ayudar a estructurar el Catecumenado en cada parroquia. Hoy, los distintos movimientos y comunidades plantean la formación de sus miembros en esta clave catecumenal. La parroquia debe ser el lugar propio y específico del catecumenado para todos.

Es en la parroquia donde el niño acude, de la mano de sus padres o de sus abuelos, para asomarse a la vida cristiana y vivirla conscientemente. En la parroquia se recibe la preparación para el bautismo, para la primera comunión, para la confirmación. Coordinar estos servicios, preparar y formar permanentemente a los/las catequistas, formar grupos de personas que atienden el templo, que visitan a los enfermos y atienden a los necesitados, que asumen responsabilidades de todo tipo.

En la parroquia, los jóvenes se sienten arropados por los mayores, y ellos mismos van adquiriendo responsabilidades en las múltiples tareas parroquiales, como son la catequesis, la atención a los necesitados, el apostolado con los mismos jóvenes o con los niños. Es importante para los adolescentes y jóvenes la organización del tiempo de ocio, de manera que se convierta cada vez más en un tiempo de formación y no de degradación. Por eso, es tan importante que en las parroquias haya **centros juveniles**, es decir, lugares donde los jóvenes se encuentren, se diviertan sanamente, se conozcan y se traten, organicen sus actividades. Ellos han de ser protagonistas de su propia formación, y pueden ayudar a los más pequeños en la iniciación cristiana, al tiempo que afianzan la suya propia. La fe se fortalece dándola.

La parroquia no es solamente lugar de culto, o salas a donde se acude para la catequesis. **La parroquia debe ser también lugar de ocio**. Qué bien lo entendió san Juan Bosco, y cómo en todas las parroquias italianas, junto al templo está el "oratorio", es decir, el lugar donde los chicos juegan, aprenden, se forman, conviven, ven una

película, etc. La parroquia no es sólo el templo para rezar. No cerremos las puertas de las parroquias a los jóvenes. Que encuentren en la Iglesia lugares que les acogen y les acompañan.

Qué alegría ver restaurada la acción pastoral de los **campamentos diocesanos**, que tanto bien han hecho en épocas pasadas y que habían sido interrumpidos hace años. Pueden ser una verdadera escuela de iniciación cristiana, donde, en un clima de ocio bien programado, se conoce a Jesús y su Evangelio, se aprende a amar a la Iglesia, se participa en los sacramentos con toda naturalidad, se comparte y se convive con otros niños y jóvenes. Es necesario ampliar la experiencia a adolescentes y jóvenes, con un programa apropiado. Las vacaciones son un periodo precioso para todas estas actividades, que van formando por goteo a todos nuestros muchachos. Los padres lo piden a gritos, y los mismos participantes si han tenido una buena experiencia, piden que se repita.

En el mismo sentido, hemos de promover **encuentros y convivencias** de niños, adolescentes y jóvenes, según su edad, a nivel arciprestal y diocesano. En la iniciación cristiana es muy importante ver que uno no está solo, que pertenece a una familia más grande, que es miembro de la Iglesia católica. En la edad juvenil es cuando se puede crear esa experiencia de grupo cristiano, que refuerza las propias convicciones. Nadie tiene a día de hoy en nuestra sociedad tanto poder de convocatoria como la Iglesia. No desaprovechemos este poder y esta gracia que Dios nos ha concedido para ayudar a nuestros jóvenes.

La **escuela** continua siendo un lugar privilegiado para la iniciación cristiana¹⁴. La clase de religión no es catequesis, ciertamente. La clase de religión es espacio de diálogo entre la fe y la razón, entre la vida cristiana y la cultura actual, ya desde los años de la infancia. Mucho más cuando el adolescente se hace preguntas que tiene que responder en primera persona, o el joven se enfrenta con los grandes interrogantes de la existencia humana.

En todas las épocas, y especialmente en la nuestra, la educación de los jóvenes es inversión segura para el futuro. Desde muchas instancias, el joven es hoy zarandeado por todo viento de doctrina. La enseñanza de la religión en la escuela, sobre todo si tiene un buen profesor, es una gran ayuda para el joven que va formando sus criterios y actitudes. Aprovecho para felicitar a los profesores de la **escuela pública** que, con la ley en la mano, se han abierto camino en los distintos centros educativos, respetando a sus compañeros, aunque ellos muchas veces sean despreciados por ser profesores de religión.

Ánimo, queridos profesores. Con la Palabra de Dios y el Catecismo de la Iglesia Católica en la mano, con vuestra experiencia pedagógica y siempre con vuestro amor por cada uno de los jóvenes que se os confían, transmitid a los niños y jóvenes la fe que habéis recibido, la fe de la Iglesia, la fe en Jesucristo, el Hijo eterno hecho hombre, nacido de María Virgen, que por su muerte y resurrección ha salvado a todos los hombres. Proponedles la moral católica, la doctrina social de la Iglesia, la nueva vida que nos da Jesucristo, el horizonte precioso que nos abre el cristianismo. En medio de tantas contradicciones, no tengáis miedo, estáis haciendo un gran bien a todos estos muchachos, a muchos de los cuales sólo les llega la Buena Noticia a través de vosotros.

Esa educación de los jóvenes tiene un instrumento precioso en la **escuela católica**. En nuestra diócesis de Tarazona hay cuatro colegios de la Iglesia: uno diocesano, el Colegio de la Sagrada Familia, fundado por el siervo de Dios Manuel Hurtado, obispo de Tarazona, y otros tres pertenecientes a las Hermanas de la Caridad de Santa Ana: en Tarazona, en Borja y en Calatayud. Más de 1.500 niños y jóvenes se forman en sus aulas. Todo un potencial de evangelización, si tales colegios cumplen su ideario. Aprovecho la ocasión para manifestar la gratitud de la Iglesia a los sacerdotes, las religiosas y a tantos profesores católicos que han dejado su vida en estas instituciones católicas.

Un colegio es católico no sólo porque tiene ese nombre, sino porque es fiel a la doctrina y a la moral católica. En un colegio católico, las distintas disciplinas han de impartirse en un horizonte creyente, y no ha de enseñarse nada que directa o indirectamente vaya contra la fe y la moral católica. Se puede ser riguroso en las artes y en las ciencias, en la historia y en la lengua, en la biología y en las ciencias de la naturaleza desde una perspectiva creyente. Si en aras de un mayor rigor científico, histórico o literario, hemos de sembrar en las aulas lo que ataca la fe católica, el colegio de la Iglesia ha perdido el norte, no sirve. "Si la sal se vuelve sosa, ¿con qué la salarán? No sirve más que para tirarla y que la pise la gente" (Mt 5,13), nos recuerda Jesús en el Evangelio.

¹⁴ BENEDICTO XVI, *Carta a la diócesis de Roma sobre la tarea urgente de la educación* (21 de enero de 2008)

En nuestros días se presentan nuevos retos y dificultades. El conflicto entre el derecho de los padres como primeros e insustituibles educadores de sus hijos y los programas obligatorios que establece el Gobierno de la Nación se ha concretado en la asignatura llamada "Educación para la ciudadanía". Un colegio católico no puede impartir la asignatura "Educación para la ciudadanía y los derechos humanos", tal como está planteada en los reales decretos (7 de diciembre de 2006 y 29 de diciembre de 2006), que amplían la LOE (3 de mayo de 2006). En esto no caben componendas. Ni tampoco cabe que los religiosos apelan a la exención canónica. La exención canónica afecta al régimen interno de su comunidad. Los niños y niñas del Colegio, así como sus padres, primeros responsables de su educación, están sometidos al régimen pastoral ordinario, que en el Obispo diocesano tiene su moderador nato. La postura de la FERE en neto contraste con la Conferencia Episcopal Española¹⁵ y en oculta connivencia con los programas del Gobierno en el tema de "Educación para la ciudadanía" es del todo reprobable. Por ese camino, nuestros colegios de la Iglesia pierden todo su valor y su credibilidad ante los padres católicos, ante la comunidad cristiana y ante la misma sociedad.

Los obispos de Aragón hemos analizado el tema y hemos dado pautas muy claras en este sentido, en la Carta Pastoral conjunta del 28 de agosto de 2007¹⁶, que los medios de comunicación han procurado acallar. ¿Serán capaces los colegios diocesanos y los colegios religiosos de seguirlos? ¿Estarán dispuestos los profesores de religión a difundir la enseñanza de sus obispos en la escuela pública? Sería intolerable que en nuestros colegios de la Iglesia se silenciaran estas enseñanzas y se pusieran trabas para que los padres ejerzan el derecho que les asiste para la objeción de conciencia. Gracias a la postura coherente de algunos padres católicos, van apareciendo sentencias de los Tribunales de Justicia, también en Aragón, que amparan este derecho de los padres. El miedo a posibles represalias dictatoriales de la administración no justifica la inhibición ante un tema de tanta importancia. No podemos dejar solos a los padres en la defensa de sus derechos.

Los profesores de una escuela católica deben ser **católicos practicantes**, aunque sólo sea por coherencia profesional, además de serlo por convicción personal¹⁷. Un colegio católico está para transmitir la fe y la visión del mundo que brotan de la fe. Si uno no tiene fe, o porque no la tuvo o porque la ha perdido, lo coherente es que deje el colegio católico. No debemos dar gato por liebre, y menos en este campo y en este momento histórico, en el que los padres confían a los colegios de la Iglesia la educación de sus hijos según la visión cristiana de la vida. A nadie se le obliga a ser creyente, puesto que la fe es un don de Dios, pero lo mínimo que puede exigir la Iglesia es que sus profesores tengan una fe bien alimentada y robusta para poder educar a sus alumnos en el horizonte de la fe y la moral católica, propias del ideario del centro. Y esto no sólo para el profesor de religión, sino para todos los profesores de todas las materias, puesto que la fe ilumina y lleva a plenitud todos los ámbitos de la persona, todos los campos del saber. El profesor de una escuela católica no puede adoptar una actitud neutra, sino clara y abiertamente confesante.

Un colegio de la Iglesia no sólo ha de tener buen prestigio por la calidad de su enseñanza. Un colegio de la Iglesia ha de ser un **lugar de evangelización**, donde se estudia, se reza, se reciben los sacramentos, se aprende a compartir. Un colegio de la Iglesia, mientras nos dejen tenerlos, debe ser un hervidero donde los jóvenes no sólo vienen a clase, sino que organizan, bajo la dirección de sus profesores y tutores, todo tipo de actividades formativas extraescolares. En el campo de la justicia social, las instalaciones de un colegio de la Iglesia están hipotecadas para la evangelización de los jóvenes. Y es una injusticia tremenda que sus instalaciones sólo se usen para dar clase.

Para coordinar todos los esfuerzos pastorales que se llevan a cabo en la diócesis en la pastoral con los jóvenes, el obispo, que preside la comunidad cristiana en el nombre del Señor y con la autoridad de Cristo, tiene un papel importante en este sector de la pastoral diocesana. Por eso, nombra un **delegado diocesano de pastoral juvenil**, para servir a todos, coordinar lo que todos vienen haciendo y promover nuevas iniciativas con la ayuda de todos. El delegado diocesano, en éste y en todos los demás campos de la pastoral diocesana, es un delegado del obispo, no es

¹⁵ CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, Comisión Permanente, *La Ley Orgánica de Educación (LOE), los reales decretos que la desarrollan y los derechos fundamentales de padres y escuelas* (28 de febrero de 2007), *Nueva declaración sobre la Ley Orgánica de Educación (LOE) y sus desarrollos: profesores de Religión y "Ciudadanía"* (20 de junio de 2007).

¹⁶ Carta pastoral de los Obispos de las diócesis de la provincia eclesiástica de Zaragoza y del Obispo de la diócesis de Jaca, a propósito de la implantación de la nueva materia de enseñanza obligatoria y evaluable introducida en nuestro sistema educativo español "Educación para la ciudadanía y los derechos humanos" (28 de agosto de 2007).

¹⁷ SDA. CONGREGACIÓN PARA LA EDUCACIÓN CATÓLICA, *El laico católico testigo de la fe en la escuela* (15 de octubre de 1982); ID., *Dimensión religiosa de la educación en la escuela católica* (7 de abril de 1988); ID., *La escuela católica en los umbrales del tercer milenio* (28 de diciembre de 1997); ID. *Educación juntos en la escuela católica. Misión compartida de personas consagradas y fieles laicos* (8 de septiembre de 2007).

un enlace sindical (que viene elegido por sus colegas). Actúa con la delegación y la autoridad del obispo en el campo que se le asigna. Y despacha periódicamente con el obispo para darle cuenta del campo que él le ha asignado y comentar las iniciativas que van surgiendo.

Hemos de revitalizar la delegación diocesana de la juventud. Con un delegado del obispo, con un equipo de sacerdotes, que sirvan de enlace en cada arciprestazgo y con algunos jóvenes que sean protagonistas de este sector pastoral a favor de los jóvenes. Haced propuestas, abrid caminos, poned la imaginación al servicio de tantos jóvenes que hay en nuestra diócesis. Trabajemos coordinados en este campo, en el que nos jugamos gran parte del futuro de la diócesis. Sólo si hay una pastoral juvenil seria, podemos pensar en que haya una pastoral vocacional adecuada, pues los jóvenes sentirán la llamada del Señor al sacerdocio o a la vida consagrada y podrán responder a ella más fácilmente, si se cultivan grupos de jóvenes cristianos, que viven en gracia de Dios, que cuidan su trato con el Señor, que cultivan la devoción a la Stma. Virgen, que se sienten atraídos a gastar su vida a favor de la evangelización.

4. Los jóvenes evangelizan a los jóvenes

Los jóvenes no sólo son destinatarios del Evangelio. Ellos mismos, desde que lo reciben se convierten en transmisores del Evangelio para los demás. Ya desde la infancia. El Evangelio se ha transmitido siempre por testimonio. Todos estamos comprometidos en esa tarea. Pero los jóvenes mismos tienen un papel insustituible para ser testigos de Jesucristo y de la novedad de su vida ante sus propios contemporáneos.

La Obra Misional Pontificia de la "Infancia Misionera" pretende educar en la solidaridad de la fe recibida. El don de la fe con todas sus consecuencias humanas es siempre algo inmerecido. Por eso, el que recibe este don es enviado a compartirlo con sus contemporáneos, compartiendo con ellos toda su vida. La actual "Infancia Misionera", antigua "Santa Infancia", ha educado a muchos niños en el sentido misionero de su fe.

Digamos algo parecido de los jóvenes que descubren el valor de su fe y a través de múltiples iniciativas quieren comunicarla a otros contemporáneos. Está en primer lugar el valor del **testimonio directo** en el tú a tú hacia aquellos jóvenes con los que un joven convive, sus amigos, sus compañeros de escuela o colegio, aquellos con los que se divierte, con los que comparte el deporte o las sanas aficiones. Pero está también la participación en **voluntariados** que reúnen a grupos de jóvenes para hacer de sus vidas una entrega generosa a los demás.

A los jóvenes les gusta ser protagonistas de cosas grandes. Y está al alcance de todos poder organizar "misiones" o campos de trabajo para evangelizar a los jóvenes de su misma edad. He conocido distintas experiencias en este sentido, la última de ellas en Alhama de Aragón durante este verano. Un grupo de jóvenes gasta su tiempo de vacaciones en convivir con otros jóvenes, algunos conocidos otros desconocidos entre sí, realizando juntos una **"misión joven"** que va al encuentro de otros jóvenes y adultos en un lugar determinado. Las canciones, el testimonio, la vida austera, el salir de su propio ambiente, etc. son factores que ayudan a despejar los respetos humanos y que hacen creíble el anuncio que estos jóvenes llevan consigo.

Los primeros beneficiados son estos "jóvenes misioneros", que experimentan que su testimonio juvenil hace mucho bien a los demás y de esta manera refuerza las convicciones de los mismos anunciadores. La experiencia se convierte en una ocasión muy adecuada para una catequesis interna del propio grupo misionero, para una experiencia de oración común dentro del mismo grupo, para salir de las propias comodidades y rutinas que ya están fijadas en la vida de un joven y compartir con otros el tiempo, la ilusión, el deseo de que otros conozcan a Jesucristo y su Evangelio. El compartir experiencias propias y comunes refuerza en los jóvenes la convicción de que es posible ser cristiano, de que tiene sentido vivir como tal, sin ser un bicho raro, de que en la medida en que se experimenta esta nueva vida, llena el corazón de una alegría duradera, que no se acaba con el fin de semana.

Experiencias como ésta pueden hacerse en nuestra diócesis. La infraestructura y la logística de estos campos de trabajo misionero no es tan difícil de organizar, y los resultados son bastantes positivos. Se requiere que algún adulto con lucidez, con espíritu evangélico y con capacidad de liderazgo aglutine un grupo de jóvenes, chicos y chicas, y los ponga en estado de misión. Estas actividades, en las que los jóvenes se sienten protagonistas porque lo son realmente, ayudan mucho a los jóvenes a crecer en todos los sentidos, máxime en un contexto social en el que se les da hecho casi todo. Es necesario prepararlo con tiempo, a veces durante varios meses o todo un curso. Y es imprescindible revisarlo juntos para aportar entre todos y corregir los fallos en próximas ediciones. Pero tiene que plantearse con un tono confesante de la propia fe y de la propia vida cristiana, sin complejos. No basta la "dinámica

de grupo” por hacer algo, ni la simple convivencia de los mismos con los mismos, que termina aburriendo. Es preciso moverse al grito de guerra: “¡En el nombre del Señor, vamos a evangelizar!”, como hizo el joven David ante el gigante Goliat (cf. 1Sm 17,45).

Con este motivo o con fines parecidos, a los jóvenes les hacen mucho bien las **convivencias juveniles**. A veces, más que una reunión de dos horas, que tanto sirve para el mantenimiento semanal de actitudes cristianas o para talleres de oración o catequesis, les viene bien una convivencia de dos días o más. El ruido de la ciudad, el ritmo diario de las clases, la falta de intimidad, etc. hacen que estas convivencias, bien preparadas y centradas en Jesucristo como verdadero amigo, resulten estimulantes y provechosas para el crecimiento en la vida cristiana. Y estas convivencias pueden ser en ocasiones momentos de silencio y oración, auténticos **ejercicios espirituales** o retiros, escuelas de oración, que ponen al joven cara a cara con el Señor, en el silencio de su corazón. Un joven necesita no sentirse solo en su vida cristiana. Por eso, debe reunirse con otros jóvenes, en su arciprestazgo, en su diócesis, en otros niveles eclesiales, para experimentar cuanto antes su pertenencia a la Iglesia, y no sentirse un bicho raro entre sus compañeros, que quizá no acuden a la Iglesia. Pero tales convivencias deben ser cristianas en todos los sentidos, es decir, son convivencias para compartir juntos la vida en Cristo.

Las Jornadas Mundiales de la Juventud han sabido captar esa necesidad y darle respuesta adecuada. Tenemos a la vista la próxima Jornada Mundial de la Juventud convocada por el Papa Benedicto XVI para el **2011 en Madrid**. El Señor nos marca una fecha y un lugar concretos. Para esa Jornada los jóvenes de la diócesis de Tarazona, junto a muchos jóvenes de Aragón, de toda España y del mundo entero han de acudir con el deseo de ser testigos en nuestro mundo de Jesucristo, el único que da sentido profundo y verdadero a la existencia humana. Vale la pena trabajar en el campo de los jóvenes. Ellos son el futuro de la Iglesia y de la humanidad. Todos a la tarea.

Que los santos dedicados especialmente a los jóvenes intercedan por nosotros y nos contagien su entusiasmo y su buen espíritu. **San José de Calasanz** (1557-1648), nacido en Peralta de la Sal (Huesca), que trabajó con los niños y los jóvenes en Roma. **San Juan Bosco** (1815-1888), que supo introducirse en los ambientes juveniles de Turín, iniciando todo un movimiento educativo, que hoy continúan los salesianos. **Santa Vicenta López y Vicuña** (1847-1890), nacida en Cascante (Navarra), educadora de las chicas jóvenes. **San Pedro Poveda** (1874-1936), mártir de Cristo, fundador de la Institución Teresiana. Y tantos otros, que brillan en el firmamento de la Iglesia católica por su dedicación a la educación de la juventud.

Que María Santísima y san José su esposo, a quienes Dios Padre confió el cuidado y la educación del joven Jesús, intercedan por nosotros.

Tarazona, 25 de agosto de 2008, memoria litúrgica de san José de Calasanz

+ Demetrio Fernández, obispo de Tarazona